



e

Hans Christian Andersen

# Pulgarcita

Ilustrado por  
Lisbeth Zwerger



Clásico indiscutible de la literatura infantil, *Pulgarcita* es la historia de una niña diminuta y vulnerable que nace de un deseo, debe enfrentar una serie de aventuras donde conoce el peligro y la belleza y, tras recorrer varios caminos, encontrará el mundo al que pertenece. El mundo de H. C. Andersen en su ambiente más delicado y fascinante, donde los objetos inanimados son encantados por una atmósfera sobrenatural que se funde con lo cotidiano.

H

abía una vez una mujer que deseaba ardientemente una hija.

Un día, fue a ver a una vieja bruja y le preguntó que podía hacer para tener una niña.

—Planta este grano de cebada en una maceta —le dijo la bruja—. Es un grano mágico.



La mujer pagó a la bruja y volvió a su casa. Plantó el grano de cebada, e inmediatamente creció un precioso tulipán.

—¡Qué bonita flor! —exclamó la mujer, y la besó.

De repente, los pétalos se abrieron y apareció una niña diminuta, sentada en medio de la flor.



—¡Qué encantadora criatura! —exclamó la mujer—. ¡Y qué pequeña! La llamaré Pulgarcita.

Entonces, le hizo una cama en una cáscara de nuez y la tapó con un pétalo de rosa. Durante el día, Pulgarcita cantaba y jugaba sobre la mesa de la cocina, mientras la mujer hacía las labores de la casa.

Pero una noche, a través de la ventana, saltó un sapo muy gordo y muy feo. Cayó sobre la mesa y vio a Pulgarcita que dormía plácidamente.



El horrible sapo se llevó a Pulgarcita, dormida en su cáscara de nuez, al arroyo donde vivía, para casarla con su hijo.

—La pondremos sobre una hoja de nenúfar en medio del arroyo, para que no pueda escapar.

—Sí, sí —contestó su hijo, encantado de tener una novia tan guapa—. Y mientras, prepararemos la alcoba nupcial.

Cuando Pulgarcita despertó, se echó a llorar amargamente, sobre todo cuando vio al viejo sapo y a su hijo nadando hacia ella.

—Ahora nos llevamos tu cama a nuestra casa —dijo el sapo mayor—. Después volveremos por ti y mi hijo y tú os casaréis.

Pulgarcita se quedó sola en la hoja del nenúfar. Su llanto despertó a los peces que vivían en el arroyo, se compadecieron de ella, y entre todos mordisquearon el tallo de la hoja, que quedó en libertad y se alejó, flotando, a muchas millas de allí. Pulgarcita volvió a sentirse feliz. Un simpático escarabajo volador la alzó de la hoja y la posó suavemente en el suelo. Pasó el verano en el bosque, acompañada del canto de una golondrina y saltando de flor en flor. Pero llegó el invierno y tuvo que buscar un lugar donde refugiarse.



Vio a lo lejos la confortable casita de una rata y hacia allí se dirigió. La rata, al ver a Pulgarcita temblando de frío, la invitó a entrar.

—Puedes quedarte aquí a pasar el invierno —le dijo amablemente—. A cambio, me limpiarás la casa.



Pulgarcita estaba encantada, hasta que un día la rata le dijo:  
—Mi vecino el topo ha venido a visitarme. Es muy rico y sería un buen marido para ti. Ven a verle y canta para él.  
El topo, al oír la voz de Pulgarcita, se enamoró de ella.  
Había cavado una galería entre las dos casas y pidió a la rata y Pulgarcita que le acompañaran.



—Por el camino, encontraréis un pájaro muerto —dijo el topo—, pero no os asustéis. La rata y el topo bajaron por el oscuro pasadizo, seguidos de Pulgarcita, hasta que llegaron al lugar donde yacía una golondrina. El topo le dio una patada y pasó de largo con la rata, pero Pulgarcita se detuvo.

«Quizá», pensó, «es la misma golondrina que tan dulcemente cantaba en el bosque para mí...»

Entonces, se inclinó sobre ella y la besó en los ojos cerrados.

Aquella noche, Pulgarcita no pudo dormir y se dedicó a tejer una cálida manta para cubrir a la golondrina.



Antes del amanecer, y mientras la rata aún dormía, Pulgarcita se deslizó por el pasadizo y cubrió con la manta que había tejido el cuerpo de la golondrina. Luego, apoyó la cabeza sobre el corazón del pájaro muerto y exclamó, llorando:

—Adiós, querida golondrina. Nunca te olvidaré.



De repente, el corazón del pájaro empezó a latir débilmente. ¡Estaba vivo!

Al principio, la niña se asustó, pero luego se puso muy contenta. Dijo a la golondrina: Te quedarás aquí. Fuera hace mucho frío y estás muy débil. Cuidaré de ti hasta que puedas volver a volar.

La golondrina se quedó en el pasadizo todo el invierno. Cuando nadie la veía, Pulgarcita le llevaba agua y comida hasta que se recuperó del todo.

En primavera, la golondrina emprendió el vuelo.

Pulgarcita, con lágrimas en los ojos, agitó su pañuelo y vio cómo su amiga desaparecía en el cielo azul.



Unos días después, la rata prohibió a Pulgarcita salir de casa.

—Tienes que preparar el ajuar —le dijo—. Cuando llegue el verano te casarás con el topo.

Pulgarcita estaba muy triste. No podía ver la luz del sol ni las flores que brotaban en los campos.

Pasaba los días encerrada, doblando con ayuda de la rata las sábanas que hilaban las arañas.



Como no hacía más que llorar, la rata acabó por enfadarse.

—En ninguna parte encontrarás un marido mejor, así que deja de gimotear. El topo es muy rico y con él vivirás como una reina. Antes de celebrarse la boda con el topo, la rata permitió a Pulgarcita salir al exterior por última vez.

La niña se sentó en la raíz de un árbol y de pronto oyó una voz conocida y querida. Era la golondrina.



—No pareces muy contenta, Pulgarcita —le dijo.

—Me van a casar con el topo —sollozó la niña.

—Súbete encima de mí. Te llevaré lejos, a un bello lugar. Me salvaste la vida. Ahora déjame hacerlo a mí.

Pulgarcita no lo dudó. Subió sobre el ave, que emprendió rápidamente el vuelo.

Volaron muy alto, por encima de ríos, bosques y montañas.

Por fin llegaron a un maravilloso lugar. En lo alto de una colina se alzaba un castillo de mármol blanco, cuyas almenas estaban llenas de nidos de golondrinas.

—Esta es mi casa —dijo la golondrina—, Y ahora te llevaré a una flor, la que tú elijas, para que sea tu hogar.

Pulgarcita eligió la más blanda y resplandeciente de todas. En ella estaba sentado un guapísimo hombrecito que, al ver a Pulgarcita, se enamoró de ella.

—¡Es el rey de las flores! —gritó la golondrina mientras volaba hacia el cielo.

El diminuto rey puso en la cabeza de Pulgarcita su corona de oro y le preguntó si quería ser su esposa.

Pulgarcita dijo que sí y se echó a reír. Era mucho más guapo que el sapo y, por supuesto, que el topo.

En ese momento, de todas las flores salieron encantadores hombrecitos y bellas damitas que colmaron de regalos a su futura reina, pero el que más le gustó fue un par de alas blancas que le pusieron en la espalda para que pudiera volar de flor en flor.



—Pulgarcita es un nombre muy feo —le dijo el rey de las flores—. Desde ahora, te llamaremos Maia.



La golondrina emprendió entonces otra vez el vuelo y se dirigió al norte de Dinamarca, donde vive el hombre que sabe muchos cuentos. Le contó la historia, y así ha podido llegar hasta nosotros.



HANS CHRISTIAN ANDERSEN (Odense, Dinamarca, 2 de abril de 1805 — Copenhague, Dinamarca, 4 de agosto de 1875) fue un escritor y poeta danés.

Poco agraciado físicamente, tuvo una juventud triste, marcada por la soledad, la melancolía, la idea del suicidio y un ingenuo misticismo. Se niega a aprender el oficio de sastre y se aleja de Odense para marchar a Copenhague. Algunos mecenas se interesan por él, piensa en el teatro y desea convertirse en un gran actor. Fracasa en esta empresa pero obtiene una beca que le permite realizar estudios superiores. Empieza a escribir poemas mediocres y algunas obras dramáticas poco convincentes. Su vida pronto tomara otra orientación que prevalecerá hasta la muerte. Al mismo tiempo que por toda Europa, elabora una variada obra literaria.

A Andersen se lo conoce sobre todo por sus cuentos para niños, escritos a partir de 1835, con considerable éxito, editando a partir de allí casi un volumen por año. El éxito lo seguiría hasta su muerte, ocurrida en plena

gloria: fallece de cáncer de hígado, el 4 de agosto de 1875, a los 70 años. La propia personalidad del autor explica su talento para escribir cuentos infantiles, dado que su sensibilidad de niño lo llevaba a contemplar la realidad con una mirada siempre nueva. Por otra parte, su origen popular lo enlazaba a la tradición de los folkloristas, es decir, a la transmisión oral de leyendas.

Entre sus cuentos más famosos se encuentran, *El patito feo*, *El soldadito de plomo*, *El traje nuevo del emperador*, *La reina de las nieves*, *Las zapatillas rojas*, *El sastrecillo valiente*, así como *La sirenita*.